

# **ESPIRITUALIDAD Y MISIÓN DE LOS LAICOS A PARTIR DE LA EUCARISTÍA**

*La propuesta de Padre Eymard*

Provincia Nuestra Señora de Guadalupe

25-26 de agosto de 2018

Padre Fiorenzo Salvi, sss

## **Introducción**

Antes de todo, quiero expresar mi agradecimiento al Padre Hernaldo por haberme invitado a participar de esta Asamblea de formación de los laicos y laicas sacramentinos.

### ***El tema***

El tema es de una gran actualidad, ya sea porque es el mismo tema propuesto por la Conferencia Episcopal de Brasil, o también, porque el lugar y el papel de los laicos en la Iglesia es fundamental, sobretodo, después de las recomendaciones del Concilio Vaticano II.

Padre Eymard caminó y dio grandes pasos también gracias a la contribución de los laicos. Esto no lo encontramos tanto en sus escritos, pero sí en su vida. ¿Qué habría sucedido sin la relación de amistad profunda con la Sra. Jordan, Grandville y D'Andigné, si no hubiese encontrado Pauline Jaricot, Blanc de St. Bonnet, etc.? El mensaje que nos deja es que en la Iglesia caminamos juntos, en un intercambio recíproco de dones.

Entretanto, en esta relación nos preguntamos: ¿Cómo contribuyó Padre Eymard en la formación de los laicos? ¿Cuál es su propuesta para un laicado cada vez más partícipe de la misión de la Iglesia y protagonista en la construcción de un mundo más justo y solidario?

Buscaremos presentar la contribución de San Pedro Julián Eymard, fiel a su vocación y misión.

## ***Las expectativas***

Padre Eymard vivió en una época totalmente diferente a la nuestra (¡nació y vivió hacen ya casi dos siglos!), en un país (Francia) muy distante y diferente de América Latina, en una Iglesia que no conoció el Concilio Vaticano II. Debemos, por lo tanto, evitar dos tentaciones: pedir al padre Eymard que responda a nuestros desafíos actuales, como si él no fuese un hombre del siglo XIX; esperar de él una eclesiología, una teología de la Eucaristía, una espiritualidad... con el horizonte que nos transmitió el Concilio Vaticano II.

Sin embargo, la Iglesia lo declaró Santo y lo presentó como Maestro y Modelo durante la celebración del Concilio (09 de Diciembre de 1962). Esto significa que, también hoy, él tiene algo que decir a la Iglesia y a nosotros. Y por esta razón nos colocamos bajo sus enseñanzas.

## ***Ámbito y límites de la presentación***

¡Después de la edición integral de los escritos de Padre Eymard, tenemos a nuestra disposición un inmenso tesoro: 16 volúmenes de escritos (más uno de instrucción), que corresponden más o menos a un total de 10.000 páginas! <sup>1</sup>. Sería imposible enfrentar el tema que me fue dado, considerando todos esos textos; por eso, tuve que hacer una elección. Para esta presentación, prioricé los textos que Padre Eymard escribió para los agregados, en los cuales busca alinear la espiritualidad y la misión de los “laicos y laicas sacramentinos” (RA).

El motivo de esta elección es doble: son textos que él escribió para *laicos* y son textos en los cuales él se esfuerza para expresar su *propuesta de vida eucarística* con un lenguaje adecuado para todos. (Yo, personalmente, creo que es exactamente aquí donde encontramos algunos de los textos más bellos que el Padre Eymard nos dejó). No

---

<sup>1</sup> Entre los textos que más directamente interesan a los laicos, podemos indicar su correspondencia CO (OC II-IV), las homilías PG, PT, PM, PO, PP, PC, PD (OC IX-XIII), los textos escritos para la Agregación RA (OC VIII), las preciosas notas de sus retiros personales NR, NV, NP (OC V-VI).

dejaremos de hacer referencia también a otros textos, pero le daremos preferencia a estos, exactamente para delimitar el campo.

## ***Método***

En esta presentación, por sobre todo, dejaremos que hable Padre Eymard, disponiéndonos a sus enseñanzas. Más que hablar de él, lo escucharemos para comprenderlo, conocerlo mejor e intuir la profundidad y la actualidad de su propuesta. En otras palabras, buscaremos beber de las fuentes del Carisma Eymardiano.

## ***Lo que nos proponemos***

Aunque los textos hayan sido escritos para los laicos agregados, no hablaré de la Agregación, como esta evolucionó en el pensamiento del Padre Eymard, su organización y estructura, como se desarrolló en este siglo y medio de historia<sup>2</sup>. Me limitaré a presentar la *propuesta de vida eucarística para los laicos* que brota de esos textos, los elementos dinámicos y su actualidad. En otras palabras: buscaremos captar los elementos de la *espiritualidad eucarística* que padre Eymard propone a los laicos.

Como ya dije, dejaremos, sobre todo, que él hable a través de sus textos, aunque esto exija un cierto esfuerzo.

## ***Una espiritualidad litúrgica***

*La Eucaristía plasma nuestro estilo de vida personal, familiar y social (PV 6).*

No podemos comprender la vida o la inspiración original de Padre Eymard si nos olvidamos de que su gracia encuentra fuente y fundamento en la Eucaristía. Al final de

---

<sup>2</sup> Para una óptima síntesis sobre todos estos aspectos, Cf. Marcelo da Silva, Epiane Cavalcante, Viviane Tanos Jorge, *Padre Eymard y la Agregación del Santísimo Sacramento hoy: De las "Casas de Betania" al Cenáculo*, IN: AA.VV., *Hommage à St. Pierre-Julien Eymard, 50 ans de canonisation, 1962 – 9 décembre – 2012 (Études sur les origines des Congrégations du Saint-Sacrement, vol. X)*, Édition des Maisons Généralices des Religieux e des Servantes du Saint-Sacrement, Rome 2012, p. 239-256.

su vida, escribirá: “La mayor gracia de mi vida fue una fe viva en el Santísimo Sacramento, desde mi infancia” (NR 45,3). La Eucaristía es el sacramento en el corazón de la vida de la Iglesia, lo celebra y lo vive como fuente y fuerza que impregna la vida de los fieles. La Eucaristía es la fuente de una vida auténticamente cristiana.

Este texto que expresa la fe inmutable de la Iglesia, aun siendo distante en el tiempo, ilumina muy bien la intuición del Padre Eymard: darle nuevamente a la Eucaristía el lugar que le corresponde.<sup>3</sup>

Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin. (SC 10).

Padre Eymard vive en una época de progresiva separación de la participación sacramental; hay una gran ignorancia en relación a lo que es la Misa; el tiempo de celebración de la Eucaristía se convierte en una “caja de devociones”. También este texto describe las mismas preocupaciones del Padre Eymard.

Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos (SC 48).

---

<sup>3</sup> Una contribución importante sobre Padre Eymard como “precursor” Cf. Lino Emilio Diez Valladares, *Eymard, precursor*, *ibid*, p. 143-155.

Por eso, la Iglesia indica a Padre Eymard como “Apóstol Eminente de la Eucaristía”. Él dedicó su existencia a fin de que la Eucaristía fuese verdaderamente el centro de la vida de los fieles, para que buscasen en ella la fuerza para un auténtico testimonio cristiano. ¡Aquí está la actualidad de su misión!

La verdad, concretamente, ¿Cómo el Padre Eymard le dio forma a esta misión, cómo le presenta la vida eucarística a los fieles?

Exactamente en los textos en que él formula la espiritualidad y la misión eucarística de los laicos, podemos individualizar los elementos de apoyo de su propuesta de *vida eucarística*.

## **I – EL AMOR DE DIOS: Una espiritualidad positiva**

San Pedro Julián Eymard respondió a las necesidades de la sociedad de su tiempo, anunciando el amor de Dios, manifestado de modo especial en el don de Cristo en la Eucaristía (PV 3).

### **1. EL amor**

Padre Eymard también realizó un camino que lo condujo a una espiritualidad positiva, iluminada por el amor de Dios. Al final de su vida, escribirá: “¡Cuántas gracias Dios me concedió hasta hoy! ¡Cuánto me amó! Hasta el exagero. ¿Qué me negó?... Nada” (28 de Abril de 1868, NR 45,2). El Evangelista Juan, que él privilegiaba, fue la inspiración permanente de esa espiritualidad positiva, centrada en el amor: el amor de Dios por nosotros, nuestro amor a Dios. Es en Jesús que se revela la plenitud del amor de Dios.

Aquel que quiere llegar con seguridad y rapidez a la perfección de su salvación, debe hacer del amor de Dios su único principio de vida, su centro y su fin.

Comienza con amar a un Dios tan amable que lo amó primero; tan bondadoso, que no deja de hacerle el bien; tan amoroso, que se hizo hombre para convertirse en su hermano y amigo; que por su amor practicó todos los deberes y todas las virtudes de la condición humana, para hacerlas dulces y amables.

¡Mi alma ama al buen Jesús que desde su nacimiento desposa la pobreza para hacerla noble en su persona!  
¡Ama ese Dios escondido en Nazaret para hacer que aprecies la vida simple y oculta!

¡Ama ese eterno soberano que busca la oveja perdida, visita los enfermos, consuela a los afligidos, vive entre hombres rudos para convertir tu caridad en obra divina!

Y, sobre todo, ¡ama a Jesús bajo el peso del dolor para dar un valor sobrenatural a tu dolor, víctima de calumnia para consolarte, amarrado, humillado, despreciado para ser el rey de los perseguidos!

¡Lo adora en la cruz mientras perdona con tanta bondad, sufre con tanta paciencia, abraza la muerte como el triunfo de su amor!

El amor y el amor de Jesús: este es el punto de partida del verdadero discípulo de Jesús Cristo (RA 16,2).<sup>4</sup>

## **2. El amor, camino de santidad para todos**

Como ya mencionamos, Padre Eymard llegó a esa convicción después de un largo camino espiritual, marcado inicialmente por el deber y, progresivamente, por el amor. En este texto sobre los “dos caminos”, vemos reflejada su experiencia, la obra del Espíritu en él, que ahora propone a los laicos como camino de santidad para todos.

El discípulo de Cristo puede alcanzar la perfección cristiana a través de dos caminos.

---

<sup>4</sup> Cf. También el bello texto RA 17, 2 sobre esa contemplación del amor de Dios manifestado en Jesús.

El primero es el de la ley del deber: del laborioso ejercicio de las virtudes se llega progresivamente al amor que lleva todo a la perfección.

Esta vida es larga y dolorosa; por ella, pocos alcanzan la perfección porque, después de haberse esforzado para, por algún tiempo, subir a la montaña de Dios, muchos se detienen, desanimados viendo lo que aún les falta por subir, y descienden o caen al fondo del abismo, diciendo: “¡Es muy difícil, es imposible!” [...].

El segundo camino es más corto y noble: Es el del amor, pero del amor regio.

Antes de actuar, el discípulo del amor comienza a estimar y a amar. El amor sigue el conocimiento y por eso el adorador se lanza antes de todo con águila hasta la cima de la montaña, hasta el cenáculo, donde el amor tiene su morada, su trono, sus tesoros, sus obras. E allí, como el águila real, contempla este sol de amor para conocer bien su belleza y su poder. Como el discípulo predilecto, se atreve incluso a descansar sobre el pecho del salvador, todo inflamado de amor para calentarse, fortalecerse y recobrar sus fuerzas. Y entonces, partir de ahí como la claridad de la nube que se formó, como rayo de sol de donde emana. El movimiento sigue el poder de su motor y el corazón sigue el amor que lo anima.

El amor, este es el verdadero punto de partida de la vida cristiana; es el punto de partida de Dios en dirección a su criatura, de Jesucristo en dirección a la humanidad; nada más justo que sea también del hombre en dirección a Dios (RA 18,2).

### **3. Un amor que fascina**

E aquí el Dios de amor. ¡Oh! Cuando es reconocido, cuando son experimentadas las llamas tan dulces de su amor, cuando se vio esse rostro resplandeciente de bondad y de suavidad, cuando encontramos estos ojos tan tiernos y buenos, cuando se escuchan sus palabras tan vivas de su

corazón, cuando él dice: “Síguenme” (Mt 4,19), ¿Quién podría resistirse a tamaña seducción, a tan grande fuerza? (RA 17,2).

#### **4. Un amor personal, como el que vivió el apóstol Pablo**

“Jesucristo me amó cuando yo no lo amaba, lo odiaba, perseguía a la Iglesia de Dios; Él me amó primero y se entregó a la muerte de cruz por mi” (cf. Gal 2,20). Pablo anuncia que el amor de Jesucristo por él es tan grande que si hubiese existido solamente él para ser salvado, Jesús hubiera hecho únicamente por él, lo que hizo por todos. Así lo explica San Juan Crisóstomo (RA 18,4).

#### **5. Jesucristo se da a conocer a quien lo ama**

El Señor dice: “El que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,21).

¿Qué es esta manifestación del propio Jesús?

Es Jesús que se revela al alma que lo ama, con la luz y la suavidad de su gracia. Esta convence por encima de cualquier prueba de la razón, una comprensión profunda de los misterios de Dios que supera la sabiduría de los ángeles y de los hombres, una alegría que es la prueba sensible de la revelación divina.

Así fue la manifestación de Jesús resucitado a María Magdalena, a las santas mujeres, a los discípulos de Emaús y a los apóstoles desconsolados (RA 18,2).

#### **6. Solamente el amor provoca la verdadera conversión, la transformación de la vida**

“Todos sus pecados le son perdonados – dice el Señor a la pecadora – porque mucho amó” (Lc 7,47). Esa es su divina absolución.

¿Cómo amó mucho? ¡No dice nada!

Ella hizo más que eso: confesó, hizo pública la bondad de Jesús a través de su humildad y de sus lágrimas. Así, de

pecadora que era, se levantó purificada, santa, toda ennoblecida por el amor de Jesús. Un solo momento fue suficiente para operar la perfecta transformación, porque el amor es como el fuego: purifica de inmediato un alma de su sordidez y da nuevamente a la virtud su primer vigor.

Magdalena hizo del amor su verdadero punto de partida; no se detendrá más y seguirá a Jesús por todas partes, hasta en calvario (RA 18,3).

## **7. El amor hace todo más fácil**

Cuando el amor domina todo, es apenas amor el fruto del amor; y donde reina el amor, dice San Agustín<sup>5</sup>, no hay sufrimiento y, si está el dolor del esfuerzo, el amor lo hace llevadero (RA 16,3).

## **8. El amor hace posible la práctica de las virtudes**

¿Quieres seguir a Jesús en tu vida, en tus virtudes y en tus sacrificios?

Comienza por amarlo por encima de todas las riquezas, por encima de la gloria humana, por encima de los placeres de este mundo y considerarás todo eso como cosa sin valor, como dice San Pablo, si ganaras a Cristo (cf. Flp 3,8).

Ama a Jesucristo más que a ti mismo y si, para servirle y permanecerle fiel, tuvieras que sacrificar tu libertad, tu placer, tu salud, la propia vida, lo harás con generosidad y alegría porque amas a Jesús más que a ti mismo.

Comienza, por lo tanto, desde belén, desde Nazaret, desde el Calvario o desde el Cenáculo; y después de haber contemplado el amor de Jesucristo, de haberte dejado modelar e inflamar por el fuego de su amor, entonces baja de la alta montaña y dirígete al campo de batalla de todas las virtudes; tienes la gracia y la fuerza de la victoria: ¡el amor! (RA 16,3).

---

<sup>5</sup> “Cuando alguien ama el cansancio de ninguna forma pesa, produce satisfacción. [...] Lo importante es el objeto que se ama. De hecho, cuando se ama no se cansa o, si se cansa, el propio cansancio es amado”. (Agustín de Hipona, *La dignidad del estado de viudez*, 21).

Las virtudes que no son inspiradas por el amor, no sustentan, son como el agua de un río: hacen mucho ruido, pero poco efecto. Ellas se alimentan del interés de un momento y del sentimiento pasajero de bien. [...]

¡Oh!, cómo son bellas y amables las virtudes cuando son inspiradas por el amor. Pierden el aire severo del combate, la aspereza de la violencia del sacrificio: es el fruto que, amargo por naturaleza, viene cristalizado por la dulzura del amor. Es el corazón que precede a la voluntad y le da suavidad y fuerza para ejecutar las obras de Dios (RA 19,8).

### **Conclusión**

Quien quiere llegar de manera rápida y segura a la santidad de Jesús, a la perfección de sus virtudes más sublimes, comience por la ciencia y por la virtud de su amor (RA 17,5).

El amor de Jesucristo: este es el punto de partida del verdadero discípulo de su amor. El amor, por naturaleza, crea armonía: se ama aquello que la persona amada prefiere y se detesta lo que la repugna, se combate lo que la ataca (RA 17,2).

El amor es un fuego con su luz y calor, es la verdad y la gracia, la dulzura y la fuerza. Solamente quien posee la virtud del amor es verdaderamente iluminado, sabio y prudente. (“nosotros recibimos el espíritu de adopción, el espíritu del amor” cf. Rm 8,15). El Espíritu Santo es su maestro, ya que habita de modo permanente en Él, lo inspira con su verdad, lo fortalece con su gracia, dirige sus palabras y sus obras con la acción divina de su santa dilección (RA 16,3).

Entre tanto, ¿Dónde resplandece hoy el amor de Dios que nos es revelado en Cristo? ¿Dónde podemos contemplarlo, conocerlo y acogerlo?

El amor de Dios resplandece en el misterio de la Eucaristía. La Eucaristía es la revelación plena del amor de

Dios por nosotros. La eucaristía es la fuerza y el alimento del verdadero *discípulo del amor*.

## **II – El amor de Dios manifestado y celebrado en la Eucaristía**

*La celebración del Memorial del Señor está en el centro de nuestra vida personal, familiar y comunitaria de Agregados. Es el punto de partida de nuestra comprensión de la Eucaristía e inspira nuestra oración y nuestro compromiso (PV 7).*

Hoy, para nosotros, es fácil comprender que el corazón pulsante de la vida de la Iglesia y de cada comunidad cristiana sea la Celebración de la Eucaristía, particularmente la celebrada en el día de Señor.

Gracias al Concilio Vaticano II y la reforma litúrgica de él surgida, la celebración de la Misa es en la lengua de cada nación; en la época del Padre Eymard, era en latín y solo unos pocos comprendían. Hoy, la celebración de la Eucaristía expresa la riqueza de los muchos ministerios: el lector, el cantor, aquel que acoge, el acólito... En el tiempo del Padre Eymard, todo eso lo hacía el Padre, era necesario solo un acólito. Hoy, la mesa de la Palabra de Dios se nos presenta con una riqueza jamás conocida en la Historia de la Iglesia (¡recordemos los leccionarios!); en el tiempo del Padre Eymard, un único libro contenía el Misal y el leccionario, las lecturas con frecuencia eran las mismas que el padre leía en el Altar, en latín, y mirando hacia el altar mayor.

Para nosotros, hoy, es evidente que la participación plena en el sacrificio de Cristo ocurre con la Comunión Sacramental, con el pan y el vino, fieles a las palabras de Jesús: “Tomad y comed; Tomad y bebed”. En el tiempo del Padre Eymard, la mayor parte de los fieles se aproximaba a la Eucaristía una vez por año o en las grandes fiestas; la comunión frecuente era sometida al criterio del propio confesor.

Esta breve y sumaria panorámica nos ayuda a comprender el contexto en el cual Padre Eymard vivió y trabajó. Es fácil, por lo tanto, comprender como el pueblo de Dios era llevado a extraer el alimento de la propia espiritualidad de muchas y diversas devociones, en vez de extraerlo de la verdadera fuente de vida cristiana.

Aquí algunos elementos de la acción del padre Eymard:

- En primer lugar, con coraje, profecía y clarividencia, quiere llevar a los laicos a convertir la eucaristía en el centro y la fuerza que plasma toda su vida.
- En segundo lugar, cuando él habla de la Misa, se concentra en la comunión sacramental, momento culminante de la participación del don que Cristo hace de sí mismo. En el contexto en que vivió, era difícil imaginar una participación “plena, consciente y activa” de la celebración como podemos hacerlo hoy.<sup>6</sup>
- En tercer lugar, él insiste en la dimensión personal de ese encuentro con Cristo en la comunión sacramental, por la cual el fiel alcanza la más íntima unión con Dios que cambia la vida y exige el *don de sí en el servicio a los fieles*.
- En cuarto lugar, valoriza la Adoración Eucarística como el momento para desarrollar nuestra transformación en Jesucristo, recuperando, como veremos, algunos aspectos de la celebración de la Misa.

Concluyendo, podemos afirmar con claridad que Padre Eymard fue el Apóstol de la Eucaristía para su tiempo, indicando en ese sacramento el centro de la vida de la Iglesia, sobre todo, animando a la comunión frecuente (y también cotidiana).

Aunque su tiempo era muy diferente al nuestro, el desafío sigue siendo el mismo: hacer de la Eucaristía el

---

<sup>6</sup> La verdad, tenemos también algunos textos en los cuales Padre Eymard retoma la práctica del tiempo, de cómo participar de los diversos momentos de la Misa: acompañar la acción del sacerdote, pensando en un hecho o misterio de la vida de Cristo. Se trata de la interpretación alegórica de las celebraciones, que tuvo en Durando, su máximo exponente.

corazón del mundo. Esto es lo que nos interpela hoy en nuestra misión.

Veamos ahora, a partir de algunos textos escritos para los laicos, como Padre Eymard presenta la Eucaristía como el centro de la vida cristiana.

## 1. La Eucaristía, centro de vida y de amor

La idea de un “centro de vida” frecuentemente es mencionada en los escritos de Padre Eymard. Él tiene plena conciencia de que cualquier existencia sin un “centro”, sin una pasión, corre el riesgo de convertirse en una existencia disuelta en mil cosas, sin cohesión ni coherencia.

Todo amor tiene un centro de vida. El hijo vive en el amor de su madre, el amigo en su amigo, el avariento en su tesoro, el sabio en su ciencia, el soldado en su gloria.

Cada uno tiene, por lo tanto, el propio centro de vida donde descansa, donde disfruta de la felicidad de la amistad, donde concentra todas sus actividades, sus afectos y sus deseos (RA 17,6).

Para el cristiano, su “centro” es Jesucristo y Jesucristo en la Eucaristía. Un centro de vida y de amor que contagia y abraza a la persona en todas sus dimensiones: espiritual, física, emotiva, afectiva...

Jesucristo en la Eucaristía: este es, por lo tanto, el único centro del cristiano. [...]

Entre tanto, ¿cuál es la naturaleza, la forma y el lugar de este centro de vida? ¿Será solamente para el alma? ¿El cuerpo no participará? ¿Será solo un centro de fe, de gracia, de unión moral? Nuestro Señor responde claramente al cuestionamiento:

“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (cf. Jn 6,56). Este es el centro del hombre integral; cada dimensión encuentra ahí su vida y su vida propia: el espíritu se alegra en el espíritu de Jesús, en la soberana luz de su verdad, el

corazón de su corazón, el cuerpo de su cuerpo; también la propia imaginación puede ver, contemplar, representar esa bondad, esa divina bondad en todas sus formas y en todos sus modos de ser en su vida mortal, ahora continuados y glorificados en su estado sacramental.

Aquí, Jesús no habla de su alma, ni de su divinidad. Su amor habla de lo que hay más corpóreo, más sensible para mostrar que la unión se realizará también como el cuerpo, la sangre y el alma de quien comulga (RA 16,5).

La Eucaristía abraza totalmente el misterio de Cristo, es “el Memorial de nuestra redención” (PE IV). Por eso, es el centro vital del cristiano: una vez que ofrece a Cristo en la totalidad de sus misterios, hace entrar en el dinamismo de su Pascua.

Entre tanto, ¿Cómo hacer de la santísima Eucaristía el propio centro de vida?

Es necesario encontrar ahí a Jesucristo completamente: Jesús con los misterios de su vida escondida, de su vida pública, de su vida crucificada, de su vida de resucitado.

Es necesario hacer revivir todas sus formas de existir de su vida pasada en su modo de ser en el sacramento, que lo continua y lo glorifica de modo extraordinario.

Es necesario ver en la Eucaristía a Jesús que honra y continua también en su vida de resucitado el aniquilamiento de la encarnación, la pobreza de su nacimiento, la humildad de su vida escondida, la bondad de su vida pública, su amor en la cruz.

Y cuando el alma que lo ama, sepa encontrar de esa forma a Jesús en su totalidad, podrá también disfrutar de todos sus bienes y abrazar como una sola cosa, como un único pueblo todos los actos de su amor.

La eucaristía, dice el salmista, es el “Memorial vivo de todas las maravillas del Señor” (cf. Sl 111,4; RA 17,9).

Sobre la Eucaristía “centro”, tenemos un bello texto que sintetiza y concluye, evocando la figura evangélica del tesoro (Mt 6,21).

Entonces, ¿Dónde se encuentra Jesucristo para permanecer con Él y vivir con Él?

Para los elegidos, en el cielo; para nosotros, que caminamos en la tierra, en la Eucaristía.

Jesús pronuncia estas inefables palabras: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56). Este es, por lo tanto, el centro eucarístico del cristiano: ¡la Divina Eucaristía! ¡Es la morada del amor para el cristiano! Es su centro divino y humano porque Jesús es hombre y Dios, un centro vivo, actual, personal, siempre disponible para el hombre. ¿Puede tener el hombre sobre la tierra un centro más santo y más amable? ¿La divina Eucaristía no es tal vez el cielo en la tierra? “He aquí – dice el vencedor de la muerte y del infierno – yo creo cielos nuevos y tierra nueva. He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres. Dios habita con ellos, será su Dios y ellos serán su pueblo, su familia” (cf. Ap 21,3).

El alma enamorada no debe, por lo tanto, buscar a Jesús en el cielo, o en un determinado horario o en algún lugar particular, sí debe hacerlo en el Santísimo Sacramento. Este es su único tesoro en la tierra, su única fuente de alegría. Estando Jesús presente en la Eucaristía exactamente para ella, toda su vida es atraída como un imán en dirección a su centro de atracción (RA 17,8).

## **2. En la Eucaristía, el amor supremo de Jesús**

El amor de Jesús y nuestra respuesta a su amor exigen un compromiso progresivo hasta la unión, la comunión de vida.

En estos textos, Padre Eymard nos presenta los pasos que el amor exige gracias a la Eucaristía.

*Un amor irresistible*

El amor de Jesús todo puede sobre el corazón del hombre porque actúa según su naturaleza, su gracia y su fin.

Normalmente, más que la razón, el corazón del hombre se rinde a los sentimientos, a la seducción del amor. El amor de Jesús atrae, arrebatada, fascina el corazón del hombre con tamaña suavidad y fuerza que este, deliciosamente sometido, se rinde como los discípulos llamados por Jesús, vencido como Pablo, que dice: “¿Qué debo hacer, Señor?” (Hch 22,10).

Aquel que vio, experimentó y contempló a Jesús en su bondad y ternura ya no se conforma con un objetivo cualquiera. Su corazón está herido: ¡se le puede distraer, divertir, aturdir, pero satisfacerlo, jamás! Nada es comparable a Jesús, nada es bello y bueno como Él; no existe nada tan dulce como algunas de las palabras de su corazón (RA 17,8).

### *Un amor de amistad*

Jesús ama aquellos que lo aman también con el amor peculiar de la amistad. “Ya no los llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre” (Jn 15, 15). Pero, ¿Cuál será la acción de Jesús en el alma de aquel que le ama? Comenzará a manifestarse a él, colocándose a su disposición, se asociará a sus acciones, se unirá mucho más íntimamente de lo que se unió el alma de David a la de Jonatan. Escuchemos al salvador: “El que guarda mis mandamientos después de recibirlos, ése es el que me ama. El que me ama a mí será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,21).

Entre tanto, ¿Qué es esta manifestación de Jesús? Es el amor que no quiere más intermediarios, pero que quiere comunicarse directamente con su amigo, revelarle toda su verdad, ya no en la sombra ni de modo figurado o por medio de una voz desconocida, y sí Él mismo, con la luz y la suavidad de su gracia que

penetra con sus rayos divinos el alma humana, como el sol entra en el cristal (RA 18,9).

### *Un amor que quiere la unión*

Con todo, el amor quiere mucho más que una comunión de bienes y de vida; quiere la unión, y la unión personal y sustancial.<sup>7</sup>

¡Fue el amor de Jesús que creó esta unión de amor! Ella solo será perfecta entre Él y el discípulo del amor en su sacramento. El hombre podrá amar a su semejante, hasta el punto de donar sus propios bienes, hasta el punto de formar una comunidad de vida, hasta la unión corporal y moral, pero jamás hasta la unión espiritual y sustancial.

He aquí el límite extremo, el último grado de poder del amor de Jesús por el hombre. “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56). Este es el mayor fenómeno creado por el amor: dos personas que están unidas sustancialmente y mantienen la propia personalidad, la propia libertad, la persona adorable de Jesucristo y la persona humana que comulga. Aquí, la extensión de la encarnación: la gracia y la gloria de la Madre de Dios es compartida con todos aquellos que comulgan.

Jesucristo les da a los fieles su vida sacramental con la finalidad de que ellos den su vida de amor, que Él crezca, actúe, sufra, se perfeccione en ellos y, así, cada cristiano se vuelva Jesucristo. Jesús es la cabeza y los fieles son sus miembros; Jesús es la verdadera vida y los fieles los sarmientos. Los fieles, el cuerpo y Jesús, el espíritu; a los fieles el trabajo, a Jesús la gracia y la gloria del suceso.

Con semejante unión, ¡qué no podrá hacer del hombre el amor divino! “Mientras ustedes permanezcan en mí y mis palabras permanezcan en ustedes, pidan lo que quieran y lo conseguirán” (Jn 15,7). “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15,5).

---

<sup>7</sup> Padre Eymard utiliza el término “sustancial” en estrecha conexión a aquel “sacramental” para indicar la unión de vida que se crea gracias a la Comunión, y para distinguirla de la unión hipostática del Verbo encarnado.

Un árbol plantado en buena tierra, cerca de abundante agua, expuesto a la acción vivificante del sol, distante de plantas nocivas, normalmente se llenará de excelentes frutos; en caso contrario, es un árbol estéril y carcomido (RA 18,10).

### *Un amar supremo*

Para comprender la Eucaristía como supremo acto de amor de Jesucristo, basta recordar las definiciones dadas a este gran sacramento.<sup>8</sup> [...]

En la Eucaristía, dice el Concilio de Trento, Jesús derrama todas las riquezas de su amor por los hombres.

Es el límite extremo de su poder y de su bondad, afirma aún el Doctor Angélico (Santo Tomás).

En fin, los santos Padres llaman a la Eucaristía la extensión de la encarnación. De hecho, por intermedio de ella, dice san Agustín, Jesucristo se encarna entre las manos de los sacerdotes como tiempos atrás se encarnó en el seno de la Virgen María.<sup>9</sup>

Por medio de la comunión, Jesucristo se encarna en el alma y en el cuerpo de cada fiel. Él mismo dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 5, 56).

¿Tal vez pudiese el amor ir más allá de eso? ¡Absolutamente no! ¿Qué puede dar Cristo además de sí mismo?

Por eso, ¡el amor eucarístico de Jesucristo por la humanidad bien estudiado, bien conocido, casi nos asusta! Esto hacía a San Agustín decir: “*Insanis Domine. ¡Señor, tu amor por la humanidad te vuelve loco!*” (RA 19,3).

---

<sup>8</sup> Encontramos aquí un abordaje común de la época al Sacramento de la Eucaristía, refiriéndose al Concilio de Trento: presencia, sacrificio, comunión.

<sup>9</sup> Esta aproximación entre la Encarnación y la Eucaristía, el papel de la Virgen María y el del sacerdote, que encontramos en Jean-Jacques Olier (1608-1657) y falsamente atribuido a San Agustín, es del siglo XII, según René Laurentin.

### **3. Es en la Eucaristía que Jesús se revela al corazón del hombre**

Así como en una relación de amor son los gestos más delicados de ternura, suavidad y sensibilidad los que manifiestan el corazón del amado, así el gesto eucarístico de Jesús revela su amor eterno, profundo y absoluto. La Eucaristía, dice Padre Eymard, no es solamente el modo por el cual Jesús quiso permanecer con nosotros, constituye el lenguaje, el gesto que revela su amor ilimitado, la profundidad de su corazón.

La verdad de Jesucristo solo es perfectamente conocida en la Eucaristía; es en la Fracción del Pan que los discípulos de Emaús lo reconocen (cf. Lc 24, 30-31).

La verdad recibe en la Eucaristía su más alta gracia: es Jesús que habla, que revela, que se manifiesta a sí mismo. ¡Ah! Sí, ciertamente, nada se compara a la luz del sol.

El amor de Jesús sólo es plenamente apreciado en la Santa Comunión, cuando el alma está bajo la acción de ese fuego divino. ¡El fuego no puede ser definido, pero sí percibido!

Solamente después de haberles dado la comunión a sus apóstoles es que Jesús les revela el evangelio de su amor: a partir de entonces, podían comprenderlo (RA 17,5).

### **4. La Comunión**

Ya sabemos que Padre Eymard fue el apóstol incansable de la comunión. Si la Eucaristía es el centro de la vida, el corazón palpitante de la Iglesia, la experiencia viva de su amor, entonces es necesario comulgar. Solo así, obedecemos el mandato de Jesús: “Tomen y coman; tomen y beban”, y podemos entrar en aquella experiencia transformadora que es la unión vital con el Señor.

En estos breves textos, encontramos la fe del Padre Eymard en la Eucaristía como el verdadero alimento que

mata el hambre de la humanidad, “extensión de la encarnación”, triunfo de Cristo que transforma el hombre.

El ser humano tiene hambre de Dios y Jesús es su único alimento divino.

Mientras el hombre no coma el pan vivo bajado del cielo, tendrá hambre; mientras no beba de ese cáliz de salvación, tendrá sed. Es necesario, por lo tanto, dar a ese pobre peregrino el divino viático; porque de lo contrario, desmoronará por causa de su debilidad (RA 16.7).

En la comunión ocurre el mismo efecto que se produce con la Encarnación en la naturaleza humana de Jesucristo, unida hipostáticamente, esto es, sustancialmente a la Persona del Verbo. La voluntad humana de Jesucristo era perfectamente sumisa a su voluntad divina; en Jesucristo, Dios comandaba al hombre y el hombre era feliz por obedecer a Dios.

Ahora, siendo la comunión la extensión de la Encarnación en cada persona, Jesucristo debe vivir y reinar en aquel que comulga. Quien comulga puede decir, como Pablo: “Yo vivo, pero no, yo ya no soy el principio de mi vida, pues es Jesucristo que vive en mí” (cf. Gl 2,20); es el creador en su criatura, el salvador en su siervo rescatado, el amor divino en su conquista real (RA 19,6).

Con la Eucaristía, Jesús desea conquistar el corazón del hombre [...]

Este es el verdadero triunfo de Jesús: transformar la vida de aquel que lo recibe en la Comunión en su propia vida, en su modo de vivir y esto sin violencia, sin coerción, solo con la suavidad del amor (RA 19,6).

Con la Eucaristía, Jesús reina en sus fieles. [...]

El cuerpo de quien comulga es su templo, el Corazón es su altar, la voluntad su fiel servidora, la razón su trono.

Gracias a la Eucaristía, Jesús reina totalmente sobre el hombre; su verdad será la luz de su espíritu, su ley divina será la regla fija de su voluntad; su amor será la noble pasión de su corazón; su mortificación será la virtud de su cuerpo; su gloria eucarística será objeto de toda la vida de aquel que comulga (RA 19,6).

## **Conclusión**

Para este breve recorrido, siguen algunos textos a modo de síntesis.

Este primer texto es de una modernidad extraordinaria. Con su lenguaje “del siglo XIX”, Padre Eymard realiza una afirmación que, de cierto modo, anticipa al Vaticano II: nada se compara a la Eucaristía. Con Juan Pablo II, podemos parafrasear: “La Iglesia recibió la Eucaristía de Cristo, su Señor, no como un don, aunque este sea el más valioso entre todos, y sí como un don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad, pero también de su obra de salvación”.<sup>10</sup> En un contexto donde sobran tantas devociones, él indica el verdadero centro, la verdadera “devoción” del cristiano que encuentra su culmen en la comunión.

La devoción eucarística debe ser la devoción por excelencia del cristiano; el servicio del rey pasa al frente del servicio de sus ministros. El sol eclipsa todas las estrellas. Todo el cielo estrellado gira alrededor de la estrella polar.

Es necesario, por lo tanto, darle a la devoción eucarística el primer lugar en los ejercicios de piedad. Todas las demás devociones deben estar subordinadas a ella; actuar de forma diferente sería separar a Jesucristo de su corte, rendirles un culto absoluto a sus santos, separándolos de su Dios.

---

<sup>10</sup> *Ecclesia de Eucharistia*, 11.

La santa Comunión, por sobre todo, debe ser el objetivo de todas las prácticas de piedad. La santa Comunión es el acto supremo del amor de Jesús por el hombre, es el límite extremo de su gracia, la extensión de la encarnación, es Jesús que se une sustancialmente a quien comulga.

La piedad Cristiana debe, por lo tanto, ser un ejercicio de preparación para la santa Comunión o un agradecimiento. Un ejercicio de piedad que no se refiera a la santa Comunión está fuera de su objetivo. Si invoco a los santos es para que sean mediadores más poderosos junto a mi Rey. Si me coloco a los pies de María es para que me conduzca a Jesús, su divino Hijo. Si honro uno de los misterios ocurridos en la vida de Jesús, es para reconocer el amor que preparaba su estado sacramental. Cada forma de piedad para estar en su verdadera gracia, en su verdadero principio vital, debe ser eucarística. ¡Los riachuelos y los ríos se dirigen hacia el mar! (RA 17,12).

El adorador, aquel que hace de la Eucaristía el centro de su espiritualidad, vive de la Eucaristía, se deja plasmar continuamente por ella. ¡Sus acciones son la llama de ese fuego que arde!

La Eucaristía debe ser el centro del adorador. Es en ella y por ella que el adorador vive; sus pensamientos, deseos y acciones toman forma a los pies del amor, son la llama del fuego que lo produce (RA 19,9).

Solamente la fuerza transformadora de la comunión nos da la energía para consumirnos por los demás, pero sobre todo, hace de nosotros apóstoles del “Dios de la Eucaristía”, porque todos pueden sentarse a la mesa del amor de Dios y saborear la dulzura de ese amor.

Por lo tanto, en la Comunión, el alma prueba el amor de Dios; bajo el influjo de este amor

eucarístico, ella aprende a amar, a donarse a Dios, a consumirse por su gloria, como los Confesores de la fe. Aprende también a dar a conocer al Dios de la Eucaristía, a hacerlo amar, servir y recibir dignamente: esta es la más bella y santa misión de un Apóstol.

La obra apostólica por excelencia es la de enseñar la doctrina católica a quien no la conoce, la de preparar para la primera comunión, la de recibir bien los sacramentos. De hecho, quien ama a Jesús, quien tiene hambre de Él, no necesita de otro auxilio porque encontró la vida, y una vida en abundancia, que se derrama hasta la vida eterna; encontró su fuente y el océano divino (RA 17,5).

**III – La adoración eucarística:** Una oración para transformar la vida

En la oración de contemplación y adoración a Cristo presente en la Eucaristía, solemnemente expuesto o en el Tabernáculo, prolonguemos la gracia del Ministerio celebrado e intensifiquemos nuestra unión con Cristo para convertirnos con Él y como Él en pan partido para un mundo nuevo (PV 8).

### **I. La adoración según Padre Eymard**

La práctica de la adoración eucarística, frente a la presencia de Cristo en el Tabernáculo o en la exposición solemne, constituye una de las formas de piedad más significativas de la Iglesia católica del segundo milenio y marcó la vida de muchos cristianos, santos, fundadores y fundadoras de institutos religiosos. También en la vida y en la espiritualidad de Padre Eymard, la adoración eucarística ocupa un lugar importante capaz de constituir una preocupación prioritaria de las Congregaciones por él fundadas y de los laicos asociados. Busquemos entender brevemente sus razones.

## 1. El siglo de la Eucaristía

En el siglo XIX, el siglo del Padre Eymard, en Francia la adoración eucarística experimenta una difusión y un suceso extraordinario. Nacen también Congregaciones y Asociaciones dedicadas a la adoración, sobre todo con una impronta *reparadora*. Durante su mandato de Provincial de los Maristas, de visita en París, él conoce esas nuevas “obras eucarísticas”, en las cuales los laicos son protagonistas. Basta pensar en la señorita de Mauroy que desde 1843, con la participación del Padre de la Bouillerie, crea en París la Obra de las Cuarenta Horas, que progresivamente se extenderá en las diversas Iglesias de la capital. En Junio de 1848, Théodelinde Dubouché inicia lo que posteriormente se convertirá en la Congregación de la Adoración Reparadora. En el mismo año, bajo el impulso de Herman Cohen, del comandante De Cuers y del señor de Benque, nace la Obra de la Adoración Nocturna de los Hombres.

¿Cuáles son los motivos para el surgimiento de esta primavera eucarística? No es fácil explicar, pero ciertamente el suceso de la adoración eucarística está estrechamente unido a la situación litúrgica vivida en aquel tiempo y, en particular, a la participación de la Misa. Si la celebración de la Misa es privilegio del clero y la comunión frecuente permanece como una excepción, el culto de la Eucaristía en sus diversas formas constituye un abordaje al sacramento que está al alcance de todos y que le permite al pueblo de Dios “recuperar”, de este modo, su centralidad en la propia vida.

El suceso y la difusión de las Cuarenta Horas y de la Adoración perpetua, ciertamente contribuyeron para la re-descubierta de la Eucaristía y para una renovación espiritual, tanto que Padre Eymard, en un artículo suyo, llamará a su época de “el siglo de la Eucaristía”<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> *El siglo de la Eucaristía*, julio de 1864 (PG 242).

Como en el siglo XIII la fiesta de Corpus Domini, instituida primeramente en Liège, en el año 1246 y, después, para toda la catolicidad en 1264, fue deseada por el pueblo y constituyó el modo para re-aproximarse y re-apropiarse de la Eucaristía, así la adoración eucarística en el siglo XIX ayudó al pueblo de Dios a reencontrar la centralidad de Cristo en su sacramento de amor.

## **2. Una respuesta adecuada a las necesidades de su tiempo**

Toda esta nueva agitación alrededor de la Eucaristía apenas confirma al Padre Eymard en la urgencia y actualidad de su misión para la Iglesia y para la sociedad: “frecuentemente, he reflexionado sobre los remedios para la indiferencia generalizada que se apoderó de modo espantoso de tantos católicos y encuentro tan solo uno: La Eucaristía, el amor a Jesús Eucarístico. La pérdida de fe surge de la pérdida del amor” (22 de Octubre de 1851, CO 286). “El gran mal de nuestro tiempo consiste en el hecho de que no se va a Jesucristo como al propio Dios Salvador. Se abandona el único fundamento, la única ley, la única gracia de salvación. Este es el mal de la piedad estéril: No partir de Jesucristo o, entonces, no llegar a Él; se detiene por el camino, se divierte con las flores. Un amor divino que no tiene su vida, su centro en el sacramento de la Eucaristía, no está, de hecho, en condiciones de sustentarse; se apagará como una chimenea que no es alimentada” (PG 241,5).

Él está convencido de que la Adoración Eucarística es una “señal de los tiempos”, una respuesta a las necesidades de su época y por esta razón colabora y sustenta esas nuevas iniciativas.<sup>12</sup> En otras palabras: ¡la

---

<sup>12</sup> En 1850, como marista, apoya la fundación de una comunidad de las Reparadoras en Lyon. En 1851, transferido para la comunidad de La Seyne-sur-Mer, tiene contacto con De Cuers que había creado, en Toulón, la Obra de la Adoración. Esa obra reunía mujeres para la adoración diurna y hombres para la adoración nocturna. Algún tiempo después, Padre Eymard será también nombrado responsable por la Obra de la Adoración.

adoración es para él una forma eficaz de evangelización a partir de la Eucaristía y para llevar a la Eucaristía!

### **3. Una rica visión de esa forma de oración**

No debemos olvidar, como ya dijimos, que para padre Eymard es la Comunión sacramental el momento más intenso de la participación de la Eucaristía y de la comunión de vida con el Señor. La práctica del tiempo, que Padre Eymard hace suya y motiva, sugería que se preparase a la Comunión con 15 minutos de oración y se dedicase un tiempo de agradecimiento, posiblemente de media hora. Este tiempo de “agradecimiento” corresponde hoy al silencio que hacemos después de la comunión (OGMR 88), en el cual disfrutamos de la profunda unión con el Señor, aquel “permanecer en Él” que prometió a quien come su carne y bebe su sangre (cf. Jn 6,56). No nos olvidemos de que fue exactamente durante ese tiempo de intensa unión con el Señor (el agradecimiento después de la comunión) que Padre Eymard vivió dos experiencias fundamentales de su vida: en La Seyne, el 18 de Abril de 1853, hace el *sacrificio de su vocación marista* para dedicarse a su nueva misión eucarística;<sup>13</sup> en Roma, el 21 de Marzo de 1865 realiza el voto del Don de Sí, el voto de su personalidad, abandonándose sin reservas al Señor<sup>14</sup>.

La originalidad de la propuesta de Padre Eymard para la oración de adoración se respalda en su amplia visión de la Eucaristía; los métodos que él propone son una invitación para abrazar el Misterio en toda su riqueza.

En síntesis, él propone una oración que:

- Profundice y prolongue la unión con el Señor, vivida en comunión sacramental.

---

<sup>13</sup> Comenta el hecho con la Sra. Tholin-Bost, el 23 de junio de 1853 (CO 412, 1; II, 478). Cf. también *Retiro de Saint-Maurice*, 28 de Abril de 1868, segunda meditación (NR 45, 3; V 391).

<sup>14</sup> NR 44, 119.

- Se nutra con los misterios de la salvación y, por lo tanto, que esté en sintonía con el Año Litúrgico.
- Haga suya las adoraciones recibidas en la tierra (aquellas de los personajes del Evangelio: María, José, Los reyes magos, La Samaritana...) y la adoración recibida en el cielo, de la corte de los Ángeles y de los Santos;
- Lleve al Don de Sí en relación a Dios y a los hermanos, con Cristo, por Cristo y en Cristo.

#### **4. Un método “original”**

Ciertamente, su propuesta más original y de mayor suceso es el método de adoración “según los cuatro fines del sacrificio”. Este es un lenguaje un tanto distante del nuestro y de cómo hoy se presenta la Eucaristía. Colocado de modo sintetizado, ese abordaje del misterio de la Eucaristía tiene sus raíces en las declaraciones del Concilio de Trento, que afirma que en el sacramento de la Eucaristía Jesús perpetúa su único y verdadero sacrificio; él se expresa (sintetiza) – esta es la teología de los cuatro fines del sacrificio – son las cuatro actitudes en relación al Padre y en relación a nosotros, que caracterizan toda su vida terrena y que ahora perpetúa en la Eucaristía: *Alabanza* (Jesús glorifica al Padre), *Acción de gracias* (Dar gracias por su amor), *Expiación* (Carga el pecado del mundo), *intercesión* (Reza en favor de toda la humanidad). Padre Eymard simplemente retoma estas cuatro actitudes de Cristo y las propone nuevamente como otras actitudes para compartir con Él, en su relación con Él durante la oración de adoración. Propondrá, por lo tanto, compartir el tiempo disponible para la oración de adoración, según esos cuatro momentos.

En síntesis, esta es su intuición que se convierte en su propuesta para esta forma de adoración.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Después de realizar una prédica en Nantes sobre la adoración, Padre Jubineau, superior de los Misioneros, quedó tan entusiasmado que le pidió que preparara un texto fácil. Él lo hace. Impreso en Nantes en el mes de Marzo, en

## **5. Dejarse comprometer por una presencia dinámica**

En Padre Eymard existe el conocimiento de que la presencia de Cristo en el Sacramento de la Eucaristía no es estática, y sí dinámica: ¡Jesús está vivo y actúa! Esto es porque la adoración debe traer y asumir las mismas actitudes en los encuentros con el Padre (adorar, alabar, agradecer) y en el encuentro con los hermanos y hermanas (reconciliar, pedir perdón por ellos, interceder). De hecho, la preocupación de Padre Eymard es que la adoración eucarística no sea reducida a una práctica piadosa, y sí que lleve a comprometerse siempre más en la ofrenda de Cristo al Padre y a los hermanos y, por lo tanto, produzca una verdadera transformación de vida.

Podemos decir hoy que la propuesta de Padre Eymard retoma, de alguna forma, la dinámica y los elementos de apoyo de la Oración Eucarística, oración de la Iglesia por excelencia, en el momento central de la celebración de la Misa; una oración-acción en la cual toda la Asamblea por Cristo, con Cristo y en Cristo *alaba y da gracias al Padre por la obra de su amor, ofrece y se ofrece con Cristo, reza e intercede por la Iglesia y por el mundo*. Si hoy, en verdad, la Oración Eucarística es indicada como auténtica escuela de oración cristiana, esto Padre Eymard, a su modo, había intuido, superando una visión devocional o reparadora de la adoración, tan difundida en su época.

## **6. Rezar como la Iglesia reza**

Siendo la exposición eucarística “regulada” por la Iglesia,<sup>16</sup> la adoración eucarística, esto es, la oración en la presencia de la Eucaristía, debería estar en sintonía con el modo de rezar de la Iglesia y, por lo tanto, según Padre Eymard, desarrollando los “cuatro fines del sacrificio”. Este

---

forma de folleto, fue extensamente difundido y después traducido en diversos idiomas. *Méthode d'adoration para les quatre fins du sacrifice*. Nantes, 17 de febrero de 1867 (PO 35; XII, 588).

<sup>16</sup> La exposición eucarística prolongada tenía que ser autorizada por el obispo titular, y el culto eucarístico se desarrollaba según las normas establecidas por el ritual de la Iglesia de la época.

modelo, por lo tanto, debe ser enseñado y recomendado como el modo de rezar de la Iglesia.

Es esto que él hará en su prédica, en sus escritos y recomendará también a sus sacerdotes: “Recomendarán a todos este método de oración de la Santa Iglesia, se dedicarán a explicar su sentido y, sobre todo, las virtudes que la forman y las preciosas gracias que de ella surgen” (Constituciones de 1864, RR 78,10). “Tenemos certeza de que este culto es agradable a Nuestro Señor porque es el culto de su Esposa, inspirado por el Espíritu Santo” (27 de Febrero de 1865, NR 44,69).

## **7. Una oración que es misión**

Para Padre Eymard, el testimonio de una persona que reza frente al santísimo Sacramento expuesto, ya es una misión, un anuncio, una elocuente demostración de fe. “En contra de la indiferencia y la incredulidad, mostrar un adorador constituye la prédica más elocuente”, escribía en una Conferencia sobre adoración (PA 61,2).

Sobre, todo, la oración de adoración es parte integrante de la misión de sus religiosos y de los laicos asociados (además, la forma más eficaz) porque con esta oración hacemos a Cristo actuar; al mismo tiempo, como su Cuerpo, participamos de su misión, ofreciéndonos con Él, por Él y en Él a la gloria del Padre y por el bien de los hermanos.

Esto es lo que él dice a sus religiosos, pero que también es válido para los laicos asociados.

Nuestra vocación es más apostólica. Aquellos que nos observan exteriormente nos consideran inútiles. Pero, por encima de todo, hacemos trabajar a Nuestro Señor y creo firmemente que Él es el mayor de los misioneros, Él, que los invitó... liberamos su poder. Él agradece al padre el bien con el cual inunda la humanidad. Es víctima de propiciación para todos a través de nuestras

manos. El Padre, viéndolo así, nos bendice, porque de esta forma completamos su reino en este mundo.

¿No creen que estas oraciones de Jesús no hacen mucho más de lo que todas las oraciones de los ángeles y de los santos? Nuestra vocación es, por lo tanto, la más apostólica. Los misioneros llevan tan solo una gracia y frecuentemente son portadores infieles de ella, pero abrimos la fuente de las gracias y, uniéndonos a la vida de Cristo, nosotros lo completamos. Jesús no sufre más, pero nosotros sufrimos en la adoración y allí realizamos un sacrificio continuo de nuestra libertad y de nuestros deseos (07 de Agosto de 1867, PR 99,4).

## **Conclusión**

La oración de adoración, como la comprende y propone Padre Eymard, refleja su visión amplia de la Eucaristía: “Queremos la eucaristía con todo aquello que tiene y todo aquello que es. Por eso tomamos los cuatro fines del sacrificio y los practicamos” (PS 423,3). Es una oración que hace de la Eucaristía la fuente y el alimento de la vida cristiana.

Ciertamente, hoy no podemos limitarnos a re-proponer este método de oración (que, la verdad, conserva su validez), o mejor, captar su intuición, enriquecerlo con la visión conciliar que hoy la Iglesia tiene de la Eucaristía, enriquecerla a partir de todos los elementos de la Celebración Eucarística emanada de la reforma litúrgica. Pensemos, también, apenas en la importancia que hoy tiene la Palabra de Dios en la oración de adoración (RCCE 112).

Mientras tanto, dejemos hablar directamente al padre Eymard, a través de los textos escritos, por él, para los laicos.

## **II. Padre Eymard nos habla de la Adoración**

### **1. La Adoración es inspirada por el amor**

Ya dijimos que en el centro de la espiritualidad del Padre Eymard existe el amor de Dios. Solamente de la experiencia de ese amor nace una respuesta de amor, la santidad de vida, la práctica de las virtudes, la dedicación de darse a sí mismo según su propia vocación (laico, casado o soltero, padre o religioso) en la vida de cada día, en el apostolado hasta el martirio, si fuese necesario.

Es gracias al amor, un amor exclusivo, filial y apostólico, que aquellos que adoran la Eucaristía, en poco tiempo y en un alto nivel, llegarán a la santidad de la propia vocación eucarística.

Por lo tanto, deben hacer del amor de Jesús el principio y el centro de sus pensamientos y de sus acciones; partirán del amor para llegar a los sacrificios solicitados por las virtudes, por los deberes del propio estado, por la vida apostólica. Sus acciones deberán ser llama pura y poderosa de ese fuego divino provocado por el amor. Bajo la seducción del amor, el trabajo se hace más fácil, el sacrificio... dulce y la cruz, amada.

¡El corazón nunca realiza cálculos! La prueba de que el amor vive y reina en el alma de un cristiano está en la prontitud de la obediencia, en la alegría que sigue al sacrificio, en el deseo dulce y fuerte de hacer alguna cosa grandiosa por Jesús (RA 4,1).

El amor de Jesús, por lo tanto, debe ser la primera ciencia y la primera virtud del cristiano, así como es su norma y su gracia soberana (RA 18,11).

Es el Espíritu que permite hacer del amor de Dios la fuerza vital de nuestra vida.

La acción del Espíritu Santo sobre el alma que ama (la Eucaristía) completa la acción del Padre y del Hijo. Su misión es perpetuar y perfeccionar a Jesús en sus miembros. También el amor de los apóstoles solo fue perfecto después que recibieron el Espíritu

Santo. Su misión divina es, por lo tanto, formar a Jesús en sus discípulos, enseñarles interiormente su verdad, darles su dulzura y su amor; darles la fuerza de confesar esta verdad divina y de ser delante de los reyes y de los demás, testimonios fieles y generosos; infundir en sus almas el Espíritu de Jesús, para que vivan de su vida y de su modo de actuar, y puedan decir como el apóstol: “Yo vivo, pero no yo, ya no soy yo quien vive, no soy yo el principio y el fin de mi vida, ahora es Cristo que vive en mí” (cf. Gl 2,20); (RA 18,11).

La adoración eucarística es un acto de fe en el amor de Dios que ahora se hace presente en el misterio de la Eucaristía, en el cual el Padre nos da al Hijo que nos comunica su vida.

¿Cuándo estoy en adoración, delante de quién me encuentro?

Estás, me dice la Santa Iglesia, en la presencia de Jesús, tu Rey, tu Salvador y tu Dios.

Adóralo, alma mía, con la fe del ciego de nacimiento cuando, encontrando su bienhechor, se postra delante de Él y lo adora (cf. Jn 9,38).

Adóralo con la fe de Tomás, diciendo con él: “¡Tú eres mi señor y mi Dios!” (Jn 20,28).

¡Mientras tanto, yo no veo a Jesús como el discípulo!

“Más bienaventurado que tú, dice el salvador a Tomás, son aquellos que creen sin haber visto con los propios ojos, sin haber tocado con sus manos” (cf. Jn 20,29).

La santa Iglesia me muestra a mi Salvador y mi Dios oculto bajo la forma de una hostia, como san Juan Bautista lo presenta al pueblo bajo la forma de un simple hombre, como la Santísima Virgen a los reyes Magos, bajo la forma de un niño.

Por lo tanto, alma mía, adóralo con la fe de los Reyes Magos en Belén, ofrécele el incienso de tu adoración como tu Dios, la mirra de la mortificación como tu salvador, y el oro de tu amor, de tu sumisión como tu rey (cf. Mt 2,11); (RA 20,8).

## **2. Modelos para una verdadera adoración**

Mientras tanto, ¿Cuáles son los modelos, los ejemplos para expresar la fe, la adoración y el reconocimiento al amor de Dios, manifestado en Jesús y presente en la Eucaristía?

Padre Eymard relaciona la adoración eucarística con las adoraciones que Jesús recibió en la tierra y que, ahora, recibe en la gloria del cielo. El adorador se inserta en esa corriente vital que une presente, pasado y futuro: la adoración de Jesús terreno, de Cristo glorioso a la derecha del Padre, de Jesús presente en la Eucaristía.

La adoración eucarística consiste en rendirle a Jesús, presente en el Santísimo Sacramento, el mismo homenaje que, como Dios, recibió en la tierra y que ahora recibe en el cielo.

### ***a. La adoración en la tierra***

Al Padre Eymard le gusta Proponer la fe de María y de José, los primeros modelos de adoradores.

Los homenajes presentados a Jesús durante su vida mortal son conforme a su estado.

¡Cómo son santas y perfectas las adoraciones de María cuando adora al Verbo Encarnado en su seno virginal; cuando lo adora en su entrada en el mundo en un palacio de pobreza, sobre el trono de amor del pesebre, cubierto con pobres paños y acomodado sobre la paja. Nunca el Verbo fue tan grande en el amor y jamás había recibido homenajes tan dulces y tiernos como aquellos de su divina madre!

¡Cómo debieron ser tiernas y humildes las adoraciones de San José, guardián y primer servidor de Jesús; con qué fe servía a Nuestro Señor; con qué humildad le prestaba los servicios adecuados a su edad; con qué piedad lo adoraba, con qué amor aceptó el sacrificio del exilio en Egipto, la pobreza de Nazaret! [...]

El Verbo Encarnado tuvo solamente estos dos primeros adoradores. Y la verdad, su adoración valía más que la adoración de todas las otras criaturas.

Con frecuencia, cita también a los Reyes Magos como testigos de la verdadera adoración a Cristo, Dios y Salvador.

También las Adoraciones de los Reyes Magos son dignas de admiración y son el modelo de las visitas al Santísimo Sacramento. Ellos vienen de lejos, dejan todo, llegan a Él, con alegría, lo cercan con honra, confiesan su grandeza, lo adoran con profunda humildad y gran reverencia. Contemplan los sacrificios de su amor con tierna admiración. Se convierten en discípulos, se ofrecen a Él para servirlo, lo homenajean con sus coronas y con todo aquello que tienen de precioso. Después, vuelven a sus países para ser allá los apóstoles del Dios Encarnado, que se hizo pequeño, pobre y sufriente por amor a la humanidad. (cf. Mt 2,1-12).

Él propone, además, los personajes del Evangelio.

¡Cómo es viva la fe del Ciego de Nacimiento que se postra a los pies del Salvador, de Jesús, su bienhechor, con estas palabras; “Soy yo!” (Jn 9, 337).

¡Cómo es humilde y penitente la adoración de María Magdalena a los pies de Jesús! (cf. Lc 7,37-38).

¡Cómo es humilde y conmovedora la fe del Centurión, que dice a Jesús: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, di una sola palabra tuya y mi siervo se sanará!” (Mt 8,8).

¡Cómo es grande y elocuente la fe de la Mujer Cananea a los pies de Jesús, pidiendo una migaja de pan! (cf. Mt 15, 22-28).

Y, particularmente, recuerda los “adoradores” en el calvario, momento culminante del amor de Jesús por la humanidad, perpetuado en la Eucaristía.

Con todo, una de las más bellas adoraciones es aquella en el calvario. Allí, Jesús es adorado con todos sus títulos, todas sus virtudes, en la realeza de su amor. El Buen Ladrón lo adora como su Rey Salvador; María Magdalena como su bien amado Maestro; Juan, como el Dios de amor; María, su madre, lo adora en todas estas pruebas de su amor. Por fin, los paganos convertidos lo adoran y lo proclaman hijo de Dios, postrándose a los pies de la cruz, hacen frente a Él la primera honrosa y solemne reparación pública, en el propio local de su muerte.

Y concluye:

Fueron estas las Adoraciones que Jesús recibió en la tierra y que el adorador debe continuar realizando frente al Santísimo Sacramento, esa Nazaret perpetua de la vida escondida en Jesús, ese calvario siempre actual, ese Cenáculo permanente. Y debe inspirarse en las virtudes y en la piedad de esos primeros adoradores.

### ***b. La adoración en el cielo***

Las Adoraciones que el Señor recibe ahora en el cielo son más admirables que aquellas que recibe en la tierra; es la adoración en la gloria, en la pose eterna y perfecta del mismo Dios.

En el cielo, son los ángeles que cantan la gloria del Creador, se postran delante del trono de aquel que vive por los siglos de los siglos y del Cordero. Cantan el *Trisaghión* celeste, del Dios tres veces Santo, diciendo: ¡Santo!

San Juan describe los homenajes de la corte celeste y los santos Evangelios que el salvador recibió durante la vida.

Escuchemos a San Juan que nos describe en el Apocalipsis, Cap. 4 y 5, las adoraciones de los ángeles y de los santos (RA 21,4).

Padre Eymard, en este punto, presenta por entero los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis. Esto nos lleva a comprender la importancia que él daba a la adoración en el cielo, descrita por el apóstol Juan. Hoy sabemos que esos textos tienen una fuerte marca litúrgica, esto es, citan himnos y aclamaciones que pertenecían a las primeras comunidades cristianas.<sup>17</sup>

Lo que surge de este texto (RA 21) que, por su importancia, lo tomamos casi enteramente, es la capacidad del Padre Eymard de vincular estrechamente la Eucaristía a toda la experiencia de Jesús, a todos sus misterios de salvación, de la encarnación a su glorificación. Fiel a la fe de la Iglesia, la Eucaristía es el memorial que hace viva y actual la historia de la salvación que Dios realizó por la humanidad, que encuentra su plenitud en Cristo y la mantendrá en la participación en la gloria futura.<sup>18</sup> Por lo tanto, también la adoración debe ser vivida en esta rica perspectiva y esto, en su época, no estaba previsto.

Consciente de la importancia de la adoración como expresión de la fe y a la luz del impacto positivo que tenía en su tiempo, Padre Eymard afirma:

La adoración eucarística es el mayor triunfo de la fe, porque es la sumisión total y perfecta de la razón del hombre a Dios; de hecho, la adoración es hecha a través de toda las verdades cristianas, todos los misterios de la vida de Jesús, visto que

---

<sup>17</sup>Cf. M. Barbiero, *Vida eucarística y vida religiosa en San Pedro Julián Eymard* (1811-1868). Dissertatio ad Doctoratum in Facultate Theologiae (apud Institutum Spiritualitatis) Pontificiae Universitatis Gregoriana, Verona 1991, p. 177-179. G. Crocetti, *L'Apocalisse meditata e pregata*, EDB, Bolonha, 2003, p. 73-95. "Adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento es el objetivo de la Iglesia militante, como la adoración de Dios en su gloria es el objetivo de la Iglesia triunfante. Existe, por lo tanto, una santa rivalidad, una religiosa consonancia, una armonía en el servicio divino entre la corte celeste y la corte eucarística, entre el adorador y la Santa Iglesia, su madre" (RA 20, 2).

<sup>18</sup> Cf. SC 5, 7.

cada verdad prepara, instituye o perpetua el reino de la divina eucaristía.

Todos los rayos provienen del sol o a él conducen; así, cada verdad viene de Cristo o a Él conduce. La Santísima Eucaristía es la última gracia y la última perfección de la verdad. Es Jesús en su última forma de amor; Él solamente la dejará para venir a juzgar a los hombres y manifestar a ellos su gloria (RA 20,2).

En la Eucaristía, todas las virtudes de Nuestro Señor están concentradas y glorificadas. Cada misterio de la vida del salvador es admirablemente representado.

La Divina Eucaristía es la síntesis inefable de la vida mortal y de la vida gloriosa de Jesucristo, colocada a disposición del cristiano, a fin de que tenga la gracia y la gloria de una y de otra y honre su Buen Maestro en estos dos estados de vida (RA 20,5).

### **3. La adoración transforma la vida**

La adoración debe llevar a una progresiva transformación de la vida, a una verdadera conversión. Por eso, el padre Eymard, después de habernos recordado que la adoración exige preparación, elección de tema y conclusión, ofrece preciosas indicaciones sobre el asunto y el modo de cómo debe ser desarrollado en la adoración, exactamente para que esta tenga una repercusión concreta en la vida.

Un punto central para la meditación, así como también para la adoración es saber desarrollar bien el asunto escogido, saber extraer de él normas genuinas y actos concretos para la práctica de las virtudes. Para obtener esto, es necesario que la reflexión, que es el alma y la vida de la contemplación, tenga cinco cualidades:

**Natural:** Debe estar de acuerdo con la naturaleza y el carácter del tema;

**Simple:** Busca la verdad, la santidad en aquello que se medita, con espíritu calmado y recogimiento;

**Particular:** Desciende de lo general a lo particular, de la mirada de conjunto al detalle. La verdad considerada de modo general, no produce nada;

**Personal:** Si se quiere unir el propio espíritu al asunto y remover los sentimientos del corazón, es necesario que en la oración sea todo reconducido a un nivel personal;

**Práctica:** Es el punto esencial. Meditamos para hacernos mejores, es para ofrecer a Dios un sacrificio particular de alabanza y de amor que lo adoramos (RA 20,5).

Es importante que el tema de la adoración refleje la situación actual del adorador, su vida concreta. Para esto, no es necesario ser rígidos en la práctica de la adoración.

Para escoger el tema, cualquier cosa puede convertirse en argumento fecundo de oración. Esto depende de la posición actual del alma, de su estado, de sus emociones. Sobre todo, depende de la gracia del momento, de aquel inesperado rayo de luz que llega al alma y penetra hasta el fondo (RA 20,5) <sup>19</sup>

Entre tanto, especifica:

La Santa Eucaristía es rica en temas para la oración: todas las verdades conducen a ella o de ella derivan, como los rayos surgen del sol. Todas las virtudes de nuestro Señor están ahí concentradas y glorificadas. Cada misterio de la vida del salvador, en ella está admirablemente representado.

---

<sup>19</sup> Ofrece también preciosos consejos prácticos. “Un tema para desarrollar progresivamente ya está disponible para más adoradores y, normalmente, es más fácil y más fructuoso. Una vez iniciada la oración, no hay necesidad de cambiar fácilmente el tema preparado; significaría exponerse a la inconstancia y a la esterilidad. Es necesario, por lo tanto, permanecer en el tema y dirigir hacia él el espíritu con firmeza, a no ser que la gracia lo sustituya por uno mejor. Pero, para verificar su verdad, no es necesario dirigirse inmediatamente: ¡esta regla es muy importante! es necesario permanecer en una verdad, ceder un pensamiento a fin de que el alma encuentre ahí su alimento, como la abeja que permanece en una flor rica en polen por causa de la miel” (RA 20, 5).

## 4. Un ejemplo

Acercándonos a la conclusión, prestemos atención a uno de los ejemplos<sup>20</sup> que Padre Eymard ofrece en esos textos para los laicos, sobre cómo sería posible desarrollar los (cuatro) momentos de adoración, a la luz de su propuesta para esta forma particular de oración.

### *Cenáculo permanente de amor*

1. Adora a Nuestro Señor Jesús, que hizo de la Eucaristía el Cenáculo permanente de su amor, donde invita a todos los hombres, cada uno por el nombre, a venir, al fin de obtener a manos llenas, este tesoro inagotable de todas sus gracias, sentarse en este banquete divino donde se sacia a sí mismo, en comunión sacramental con la cual da al hombre todo aquello que tiene y todo aquello que es, a fin de que quien comulga, se dé completamente a Él, para que haga a Él un homenaje de la propia vida.
2. Agradecerle ese inmenso amor, el don inefable de la Eucaristía que encierra todo don. Agradecerle todas las gracias que recibiste con la Eucaristía.
3. Humíllate por la escasa gloria que le diste a cambio de su amor. Lloro tu ingratitud, pide perdón a su infinita misericordia.
4. Conviértete en el discípulo del amor del Dios de la Eucaristía, de la acción de gracias eucarística tan olvidada, tan mal hecha; y, sin embargo, la acción de gracias es la primera virtud del amor, la flor más bella de la Eucaristía (RA 20,13).

---

<sup>20</sup> Ofrece diez breves ejemplos en RA 20, 8-18.

## **Conclusión. Fruto de la adoración: el *don de sí***

“Entrégate totalmente Él como Él se entrega a ti” (RA 20,17), dice el Padre Eymard a los laicos y laicas en una de sus propuestas para la adoración.

La contemplación de Cristo en estado de ofrenda y de inmolación en el santo Sacramento lleva a donarse como Él, sin límites; a ofrecerse como el pan eucarístico para la santa comunión.

Aquel que en la santa eucaristía continúa donándose, nos anima a perseverar en el amor, en las pequeñas cosas de cada día, en los grandes acontecimientos de la vida, en cada edad y en cada circunstancia<sup>21</sup>.

Al final de su vida y pocos meses antes de su muerte, Padre Eymard pudo expresar en una síntesis extraordinaria este nexo vital entre *adoración y Don de sí*, mostrando con claridad el fruto maduro de una vida que se deja plasmar por la Eucaristía.

Hacer de la adoración el eje de mi vida.

Preparar mis adoraciones como se prepara una comida o un discurso solemne.

El alma de mis adoraciones: el don de mí mismo, la virtud que honra sus aniquilamientos eucarísticos (02 de Mayo de 1868, NR 45,16).

En el retiro que les predica a los co hermanos, un año antes de su muerte (07-14 de Agosto de 1867), Padre Eymard afirma: “En principio, puedo decir que la gracia de la Congregación es una gracia de oración y que en esto debemos distinguarnos de las otras Congregaciones Religiosas” (PR 114,1).

Padre Eymard afirma, por lo tanto, que esta forma de oración es una escuela privilegiada para transformar toda

---

<sup>21</sup> “La verdadera adoración es el *don de sí en el amor*, es el “éxtasis del amor” en el tiempo presente para la gloria de Dios y el servicio al prójimo”. *La Eucaristía, don de Dios por la vida del mundo*. Documento teológico de base para el 49º Congreso Eucarístico Internacional, Quebec, 15-22 de junho de 2008, Centro Eucarístico, Ponteránica (BG), 2007, p. 47.

nuestra vida en una “vida eucarística”, en un *Don* permanente de sí mismo ofrecido a Dios y al prójimo, por amor.

#### **IV. La misión que nace de la Eucaristía**

##### *Apóstoles de la Eucaristía*

*Convencido de que una vida no puede ser plenamente eucarística si no es consagrada a Dios y a los hombres, Padre Eymard nos deja un ejemplo de contemplación y acción apostólica (PV 3).*

Para conocer de manera correcta la experiencia del Padre Eymard, no debemos olvidar, como ya lo mencioné anteriormente, que él es hijo de su tiempo, que vive en la Iglesia y en la sociedad del siglo XIX. No podemos, por lo tanto, esperar de él una visión de laicos, de su lugar y de su papel en la Iglesia como el que tienen en la actualidad. El Concilio Vaticano II devolvió a los laicos su lugar, su dignidad y su misión dentro de la comunidad eclesial.

##### ***Un amigo y un guía espiritual***

Padre Eymard fue un hombre que supo relacionarse con los laicos en los diversos niveles. Tuvo amistades profundas que lo acompañaron en todo el transcurso de su vida; <sup>22</sup> siempre respetó la gracia particular de las personas y las motivó a ser fieles a ella; supo comprometer a los laicos como protagonistas, ya sea cuando fue director de la Orden Tercera de María, o también, cuando asoció a los laicos a su misión eucarística.<sup>23</sup> Colaboró con los protagonistas de las obras eucarísticas de su tiempo, en su mayoría laicos.

Era un punto de referencia para muchos laicos que se esforzaban por buscar la voluntad de Dios en relación a

---

<sup>22</sup> Cf. A. Guitton, *El Apóstol de la Eucaristía. Biografía de San Pedro Julián Eymard*. Nouvelle Cité, Bruyère-le-Châtel, 2012, p. 243-270.

<sup>23</sup> *Idem*, p. 63-66; 160-164; 271-274.

su vida o que se preguntaban cómo servir a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo. Ellos lo buscaban para recibir una luz en su dirección espiritual. En ese delicado ministerio, su mayor preocupación era entender la gracia personal de cada uno y animarlos a seguirla con audacia y generosidad.

### ***Una misión compartida***

Su propuesta de vida eucarística es ofrecida a todos, sin distinción, considerando que la eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia para los laicos, sacerdotes y religiosos, El Padre Eymard comparte de modo especial su misión con aquellos laicos que, como él, sienten una *vocación eucarística*, un amor especial por la Eucaristía y que se sienten llamados a una misión eucarística dentro de la Iglesia.

Forma a esos laicos para una intensa vida de unión con el Señor y los anima a ser, como él, *Apóstoles de la Eucaristía*: anunciar el amor de Dios, revelado en el Misterio de la Eucaristía, y llevar a todos para ese banquete.

Conocer, amar y servir a Jesús en el santísimo Sacramento: ¡este es el verdadero adorador! Hacerlo conocer, amar y servir en su sacramento: ¡este es el verdadero Apóstol de la Eucaristía! El apóstol que se limita a mostrar a Jesús en Belén es tan solo una estrella o un ángel. Aquel que lo indica de lejos es tan solo Juan Bautista, no muestra a Jesús que camina. En cambio, el apóstol de la Eucaristía muestra a Jesús vivo, pleno de gracia y de verdad sobre su trono de amor (cf. Jn 1,14; RA 17,5).

Padre Eymard organiza a esos laicos en una organización llamada Agregación del Santísimo

Sacramento y los considera parte de la familia eucarística.<sup>24</sup>

Un gran número de manuscritos dan testimonio del esfuerzo, que perduró hasta su muerte, realizado para definir la espiritualidad y la misión de la Agregación. Quiere estructurar la asociación, de forma tal, que responda a las diversas situaciones de las personas interesadas. Esos textos están ahora disponibles en su totalidad y los escogimos como punto de referencia, para este, nuestro encuentro.

¿Cómo podemos, en síntesis, delinear la misión de esos laicos a partir de los escritos que el Padre Eymard nos dejó?

## **I – Una misión de oración**

*Acogiendo el mandato de Cristo a los apóstoles,  
testimoniamos y anunciamos el Evangelio con nuestra vida.  
Invitamos a todos a la comunión con Dios, celebrada en la  
Eucaristía.  
Colaboramos con los hombres y mujeres de buena voluntad  
para construir juntos un mundo más justo y solidario (PV 12)*

### **1. Anunciar el amor de Dios en la Eucaristía**

“De tal manera amó Dios al mundo que envió a su Hijo unigénito” (Jn 3,16). Permanece presente con nosotros en el sacramento de su amor. Ahí puede ser conocido, encontrado, invocado, amado. Hacer conocer y encontrar a Cristo en su sacramento de amor: esa es la misión del apóstol de la Eucaristía.

Es necesario hacer que todos conozcan a Jesús, mostrarlo como lo hizo San Juan Bautista, reconducir a Él a nuestros amigos, a nuestros hermanos, tal como lo hizo Andrés. Es lo más importante que se puede hacer; llevar a una

---

<sup>24</sup> En los primeros proyectos de sus Constituciones, los laicos asociados eran incluso considerados como parte del Instituto. Después, la Santa Sede le pedirá hacer la distinción entre los religiosos y los laicos asociados que, aunque perteneciendo a la misma familia carismática, tienen sus respectivas reglas y directrices.

persona a conocer a su Dios y Salvador, pero es necesario, sobre todo, hacerlo conocer por su amor, por su amable bondad: ¡está exactamente allí, en la Eucaristía, el divino enamorado de los corazones! (RA 23,11).

## **2. Testimoniar la propia fe en la Eucaristía**

El Padre Eymard está firmemente convencido que la adoración eucarística de Cristo, solemnemente expuesto en su sacramento de amor, es un testimonio de fe y un anuncio para todos. El adorador, en nombre de toda la humanidad, alaba y agradece.

Adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento es adorar la grandeza, la ternura de su amor por los hombres, preparando, instituyendo y perpetuando la divina Eucaristía para ser siempre víctima de salvación, pan del cielo y consuelo del hombre peregrino sobre la tierra (RA 23, 7).

El amor de Dios por nosotros, revelado en Jesús y presente en la Eucaristía, debería generar fe y reconocimiento.

Entonces, frente a tanto amor y de tanta bondad de Jesús, ¿Cuál debe ser el reconocimiento del corazón del hombre, por amor, destinatario de la Eucaristía, del Calvario y de la Encarnación? ¿Cómo alabar dignamente tal bondad? ¿Cuáles acciones de la gracia podrán igualarse al don? ¿Qué amor podrá responder a ese fuego de amor? (RA 23,8).

## **3. Ser signo profético frente a la indiferencia del mundo**

Sin embargo, nos encontramos delante de la indiferencia y de la reducción de fe del mundo y de tantos cristianos. Es importante que, como un día hicieron los apóstoles, se forme alrededor del Dios de la Eucaristía,

un grupo de íntimos que mantengan encendida la lámpara de la fe y del reconocimiento. Aquí encuentra su espacio como misión el testimonio de aquellos que permanecen en oración delante de la Eucaristía. Las figuras de “Guarda de honra” o de “Corte del rey” son aquellas que sus contemporáneos comprenden inmediatamente.

Oh! ¿Por qué los hombres son así de indiferentes? ¿Por qué los cristianos no hacen a Dios aquellos que hacen los musulmanes a Mahoma, los paganos a las propias divinidades, los esclavos del mundo a los ídolos de su corazón y de su vida? Si los cristianos continúan abandonando así a Jesús en su templo, ¿El Padre celeste no les retirará su Hijo bien amado, así tan despreciado?

Para evitar eso, y sería la mayor desgracia, despierten almas fieles, júnanse y formen una Guardia de Honra al soberano de todos los reyes, una corte dedicada al Dios del amor! (RA 20,1).

Podemos, ahora, entender lo que piensa padre Eymard cuando habla del “Servicio Eucarístico”: Se trata de la adoración eucarística asumida como un “deber de reconocimiento” en relación a Dios, es el “amar y servir a Dios”, ordenado en el primer mandamiento. Si ahora Dios está presente para nosotros en la Sagrada eucaristía, nos pide un acto de fe y de amor reconocido, nos pide que lo coloquemos nuevamente en el lugar que le corresponde en la vida de sus criaturas, nos pide “ser servido” antes de cualquier otra cosa.

La adoración eucarística se convierte en un modo de cumplir, en nombre de toda la humanidad, el primer mandamiento: “*Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*”. Este es el mayor y primer mandamiento (Mt 24, 37-38).

El servicio a Cristo en la Eucaristía debe ser antes que cualquier otro. Es el servicio por

excelencia, por naturaleza, del Maestro; es el cumplimiento de la ley de Dios, es el objetivo del hombre: “Adorarás al Señor tu Dios y solo a Él servirás” (Mt 4, 11).

Esta es la razón de por qué en el altar de la exposición cualquier otro culto está suspendido. El Dios de la eucaristía solamente está en su trono de amor para ser el centro de cada adoración y de todos nuestros corazones (RA 20,1).

#### **4. Una misión de oración con la Iglesia y como hace la Iglesia**

Sin embargo, ¿Cómo debe ser este “servicio” para ser adecuado y correcto?

Debe ser “litúrgico”, esto es, ejecutado de la misma forma como la Iglesia rinde culto a Dios.

Bajo ese aspecto, Padre Eymard fue verdaderamente profético. Como si él dijese: Si queremos “servir” a Dios en nombre de toda la humanidad, si queremos estar en su presencia de modo adecuado, predicarlo con las palabras correctas..., debemos frecuentar la escuela de oración de la Iglesia, que es la Liturgia.

Jesucristo no estableció reglas ceremoniales para su culto, pero se contentó con dar a la adorable eucaristía, la cual es el fin y el objeto (del culto).

[...] La Liturgia viene de Pedro, el jefe de los apóstoles, la piedra fundamental de la fe y del culto de la Iglesia. Los Papas la conservaron y la transmitieron respetuosamente a través de los siglos y, según las necesidades de la fe, de la piedad o del reconocimiento, le agregaron, con el pleno derecho de su autoridad, oraciones, oficios y ritos sagrados. [...]

Esta es la regla invariable e inflexible del servicio eucarístico: La santa Liturgia Romana.

Por lo tanto, es necesario observarla con religiosa piedad, meditar su espíritu, estudiar sus reglas.

La perfección de un servidor está en el conocimiento y en la virtud de su deber (RA 21, 2).

La ciencia más conveniente para nutrir la fe es la piedad de aquellos que adoran a Jesús en la Eucaristía e es incontestablemente la ciencia litúrgica, el espíritu de sus ritos (RA 23, 1).

##### **5. Un “servicio” para ser vivido con amor: un amor reconocido para con Dios, un amor que abraza todo el mundo**

El servicio a Jesús Eucarístico debe ser un servicio de amor, como al sacramento que el adorador sirve, como la gracia burbujeante que de ahí brota, como el amor divino que inspiró a fin de que se convirtiera en la luz fundamental de su vida; como el amor tan generoso que Él instituyó para estimular el amor del hombre; como el amor inagotable que lo hace presente en todas partes y lo perpetúa hasta el fin del mundo para alimentar continuamente el amor cristiano y adquirir siempre nuevos derechos sobre su reconocimiento.

Un servicio que debe encontrar su realización en la vida concreta, en el “culto en espíritu y verdad” que abraza cada dimensión de la vida hasta el *Don de sí*.

Cada cristiano debe, por lo tanto, a su divino Rey el homenaje de cada don de la naturaleza y de la gracia de la cual es dotado; es el tributo justo que Dios exige del hombre y que espera de su corazón. Sin embargo, la verdadera gloria de ese servicio ocurre cuando el cristiano ofrece a su divino Rey el homenaje de su corazón y de sus acciones. Entonces, es un servidor realmente digno, un servidor según el corazón de Dios (Ra 21, 2).

## **6. Ornamento litúrgico**

Es evidente que la exposición solemne y prolongada (y donde sea posible perpetua) involucra también el cuidado de todo lo que es necesario para la ornamentación. El gasto requerido de las velas para la exposición solemne era considerable y sus comunidades religiosas hacían muchas veces enormes sacrificios para garantizar el culto al Señor, respetando las normas. Padre Eymard confía también a los laicos la responsabilidad y el cuidado de los objetos de culto (RA 23,4), haciendo con que contribuyan para la compra de las velas necesarias para la exposición solemne (RA 23,4), Las flores para ornamentar el altar, los paños litúrgicas... Si el amor de Dios está en primer lugar, también su culto debe ser primordial.

Lo bello, en la Liturgia, expresa la fe agradecida de la Iglesia, pero también es un medio eficaz para mostrar a los contemporáneos el amor a Cristo Eucaristía.

### **Conclusión: una misión para nosotros, hoy**

La primera forma eminente de caridad que la Iglesia practica, lo hace sobre todo, en su oración. La oración de la Iglesia en la Liturgia abraza el mundo, las necesidades del momento e intercede por todos. En la oración, la comunidad cristiana expresa su caridad, a ejemplo de la oración de Jesús.

No podemos comprender la importancia que el Padre Eymard le da a la Adoración Eucarística si la separamos de la misión a la que él se siente llamado a servir en la Iglesia y de la sociedad de su tiempo.

1. Según Padre Eymard, la propia exposición del Santísimo es una forma de misión: “exponer la Eucaristía es hacerla visible, anunciarla, crear un espacio para encontrar a Dios, una oportunidad para los hombres y las mujeres de cada época”. La

exposición, si es bien realizada, tiene fuerza de atracción.

La forma espectacular de la exposición que fue adoptada, por casi un siglo, en las Iglesias de la Congregación (La custodia, en ocasiones gigantesca, colocada sobre el globo terráqueo, envuelta en un manto real y teniendo encima una corona, rodeada de ángeles adoradores, iluminada por una serie de velas encendidas) debe ser comprendida exactamente en esta perspectiva: expresar el homenaje al Dios de la Eucaristía, Rey de los corazones, era también un modo “eficaz” para atraer al pueblo a detenerse y rezar en su presencia.

Hoy, los tiempos y las sensibilidades cambiaron; debemos preguntarnos cuál es la forma más idónea para “exponer”, para “mostrar” la Eucaristía a nuestra generación, convertirla en una ocasión para que aquellos que nos rodean puedan encontrar y conocer a Dios, siempre atentos a la sensibilidad de las culturas, pero respetando aquello que Jesús quiso hacer, entregándose en su sacramento y en la finalidad, como Padre Eymard, a las orientaciones de la Iglesia.

2. El mundo puede cambiar si las personas cambian. La insistencia del Padre Eymard en cuanto a la importancia de la oración y, en particular, de la oración en la presencia del Señor en la Eucaristía, se basa en que solamente, la fe en la comunión con Cristo, puede modificar verdaderamente a las personas. El método que él sugiere prolonga la gracia de la comunión y conduce a una unión con el Señor, cada vez, más intensa. El tiempo pasado en oración con Cristo solo puede transformar la vida y solo una persona transformada en Él puede cambiar el mundo, la Iglesia, la sociedad, la familia.

Que la Adoración sea “misión” se basa en la certeza de la propia fecundidad de la oración, en particular la oración de intercesión. Solamente el Señor puede cambiar el corazón de los hombres, particularmente en las situaciones en que todos los medios humanos ya se agotaron. En este momento, nos queda solamente la oración.

Oh! Es a los pies de esa amable víctima que el adorador debe venir a rezar, llorar, suplicar al amor crucificado para tocar el corazón de los pecadores empedernidos, para quebrar las duras y humillantes cadenas del vicio que pesan sobre tantos esclavos del mundo. [...] (RA 23, 11).

3. El método de oración que Padre Eymard propone, y que asume la forma de rezar de la propia Iglesia, se convierte en un extraordinario ejercicio de caridad. Particularmente, son los dos últimos momentos de la Adoración (*pedir perdón, interceder*) que expresan lo que Padre Eymard llama de “el apostolado eucarístico de la oración”, una misión tan eficaz como las obras de caridad o el anuncio del Evangelio.

La súplica o intercesión es el apostolado eucarístico de la oración, es el fruto divino de la Adoración, de la acción de las gracias y de la propiciación.

Este apostolado eucarístico honra a Jesús en el Santísimo Sacramento como fuente divina de cada don y de cada gracia. En efecto, la santa Eucaristía es su tesoro inagotable. Jesús colocó a disposición del hombre todas sus virtudes, todos sus méritos, el precio infinito de su redención con una condición: que se le busque aquí, pedirle en su eterna bondad, siempre dispuesto a saciarnos con sus bienes (RA 23, 11).

## **II – Una misión de servicio**

Entre tanto, la comunión con Cristo, que se dona a sí mismo en la Eucaristía, nos impulsa a servir al prójimo.

### **1. La Obra de la Primera Comunión de los Adultos**

La caridad que nace del encuentro con Cristo en la Eucaristía interpela a salir del cenáculo por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio y socorrer a los pobres.

Particularmente, compromete a los laicos con la *Obra de la Primera Comunión de los Adultos*,<sup>25</sup> una iniciativa para la promoción humana y la evangelización de la juventud abandonada de sí misma, en las periferias industriales de París.

En la época del Padre Eymard, la Primera comunión era el sacramento que marcaba el paso de la infancia para la vida adulta, siendo considerada la fiesta más importante de la vida. En Francia se celebraba a los 12 años y concluía el ciclo del Catecismo. Era un acontecimiento importante para toda la familia y la Parroquia, teniendo además una importancia social: haber realizado la Primera Comunión era una oportunidad y una posibilidad más para encontrar trabajo. Todos hacían la Primera Comunión; también los más anticlericales la consideraban un hecho normal y comúnmente aceptado por todos.

Era precedida por un retiro de dos o tres días en el cual el candidato se preparaba con una “buena confesión”. La celebración era particularmente solemne y ocurría en la Misa parroquial en la mañana del domingo. Por la tarde, los comulgantes renovaban las promesas del bautismo. Al día siguiente, en la “misa de

---

<sup>25</sup> Cf. A. Guitton, *El Apóstol de la Eucaristía. Biografía de San Pedro Julián Eymard*. Nouvelle Cité, Bruyère-le-Châtel 2012, p. 137-145.

agradecimiento”, cada uno recibía una estampita-santito de recuerdo del “día más lindo de la vida”<sup>26</sup>.

Podemos, entonces, comprender cuánto pesaba, en ese contexto social, no haber realizado la Primera Comunión.

En esa Obra, el Padre Eymard envolvió laicos y laicas en la catequesis, que se realizaba en la noche, después de la extensa, abusiva y agotadora jornada de trabajo. Se realizaba una colecta de fondos necesarios para el sustento de la iniciativa, para vestir con ropas de fiesta a los niños, a las niñas y jóvenes que se aproximaban al altar por primera vez.<sup>27</sup>

Entre los voluntarios de la primera obra, recordamos a Louis Perret<sup>28</sup> que Padre Eymard asocia a su Obra así descrita:

Busquen a los jóvenes operarios, búsqúenlos por la noche, a la salida de las fábricas: de día sería imposible porque ellos no tienen tiempo; instrúyanlos en los principios fundamentales de la religión, supliendo, así, el catecismo parroquial que ellos no tiene condiciones de frecuentar. Esta es la Obra predilecta de los religiosos del Santísimo Sacramento.<sup>29</sup>

También algunos miembros de la Conferencia de San Vicente de Paul participaron de esta iniciativa.

El grupo de mujeres que se convertirán en las primeras Siervas del Santísimo Sacramento y que residirán en la casa de al lado a la de los religiosos, se ocuparán de las niñas. También los laicos agregados son considerados responsables por esta Primera Obra.

---

<sup>26</sup> Cf. OC XIII, p. 509-510.

<sup>27</sup> Recordemos también a la Condesa de Andigné, presidente del grupo de las “señoras generosas” que tenían la tarea de acudir a la caridad de los fieles en las portas das Iglesias de París para esa Obra.

<sup>28</sup> Natural de Lyon (1802-1882), Hermano Terciario de María en 1832-1833, era un amigo de Padre Eymard. Arquitecto, su celo lo llevará hasta Nueva Zelandia, donde por algunos años permaneció al servicio de las Misiones. De 1846 a 1850, vivió en Roma donde estudió las pinturas de las Catacumbas. Volviendo para Francia, fue huésped de los padres maristas en París, en la Rue du Montparnasse. De ahí, surgió la impresión de su obra en seis volúmenes, con el título *Catacumbas de Roma*.

<sup>29</sup> P. J. Eymard, *Obra de la Primera Comunión*, Agosto de 1864 (PG 243, 2; XII, 81).

Las principales obras eucarísticas son: 1. Enseñar la doctrina Cristiana a los niños que no la conocen y a los adultos que no hicieron su Primera Comunión (RA 7, 4)<sup>30</sup>

Si esta Obra muestra el vínculo inseparable entre el “celo por la honra y por el servicio eucarístico de Nuestro Señor” y el esfuerzo apostólico de la “preparación de los niños para la Primera Comunión”, pone en evidencia también el vínculo indivisible entre el anuncio del Evangelio de la Eucaristía y la promoción humana. La invitación para participar de la fiesta del Banquete Eucarístico camina *paso a paso* con la promoción humana: devolver a los pobres y marginalizados de la sociedad, su dignidad.

## **2. La Obra del Santo Viático (Unción de los Enfermos)**

Otra Obra que Padre Eymard confía a los Laicos agregados es el esfuerzo para preparar los enfermos para recibir el santo Viático (Unción de los Enfermos).

Las principales obras eucarísticas son:

- 1º Enseñar la doctrina Cristiana a todos los niños que la desconocen y a los adultos que no hicieron la Primera Comunión;
- 2º Dedicarse a la Obra del Santo Viático que consiste en preparar a los enfermos para recibir los últimos sacramentos, para preparar, sobretodo junto a los enfermos pobres, un pequeño oratorio para el Santo Viático y organizar el cortejo o, al menos, para acompañarlo cuando fuese posible (RA 7, 4).<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> Cf. también RA 11, 2.

<sup>31</sup> Cf. también RA 11, 2.

El Pan para el camino debe ser llevado a quien está en el lecho de dolor o en el momento del paso de esta tierra para el cielo. Enfermos y moribundos: dos ámbitos que abren perspectivas fecundas para un apostolado en el cual los laicos son protagonistas.

Para reflexionar:

¿Qué perspectivas abre para nosotros la inspiración del padre Eymard?

## **Conclusión**

*Una invitación para nosotros, hoy*

La misión que el Señor le confió al Padre Eymard fue la de mantener viva la fe en la Eucaristía en su tiempo, para que todos, sacerdotes, laicos y religiosos, pudieran dar a ese sacramento la importancia central deseada por el Señor. Realizó su mejor esfuerzo para re-encender, en los laicos, la fe y el amor a este don, el Pan de Vida, sin el cual no podemos vivir plenamente una vida humana y cristiana.

### **1. Dos (2) prioridades**

Para los laicos que comparten su misión, Padre Eymard tiene dos preocupaciones.

A la luz de los textos que vimos, la primera preocupación del Padre Eymard no es hacer una lista de cosas, como por ejemplo, de cuales obras específicas realizar... Estas nacen de la situación concreta que viven. Él se preocupa en hacerlos comprender, conocer, profundizar el misterio de la Eucaristía en toda su riqueza. Esto exige todo, reflexión y mucha oración.

En segundo lugar, él los educa para que sepan captar las implicaciones que derivan de la Eucaristía para su vida personal, familiar eclesial y social. Solamente así serán “fermento eucarístico”, “Sal eucarística”, “luz eucarística” en la familia, en la Iglesia y en la sociedad.

Me parece que el número 6 del *Proyecto de Vida* deja en evidencia estos dos elementos: Una Eucaristía que se convierte en fuerza de transformación y la necesidad de una profunda y constante formación.

*La Eucaristía  
modela nuestro estilo de vida personal,  
familiar y social.  
Buscamos comprender toda la realidad*

*a la luz de ese sacramento,  
y damos nuestra contribución  
para la animación cristiana  
de las realidades temporales.*

*Mediante un programa de formación,  
nos esforzamos para  
adquirir una comprensión  
siempre más profunda  
de las exigencias de la vida eucarística  
para que nuestra fe se haga  
más adulta y madura,  
y justifique nuestra presencia  
en la historia y en la Iglesia.*

## **2. Concretizar la misión**

Como podemos confirmar por los textos que vimos y por su vida, el Padre Eymard buscó dar respuestas concretas a la situación en que vivía, a partir de su don. Basta pensar en la Obra de la primera Comunión de Adultos.

La verdad, también fue creativo, presentando nuevas propuestas. Consideremos, por ejemplo, la iniciativa de crear una nueva revista, *El Santísimo Sacramento*, en su método para la adoración, en la forma y en el tiempo de la exposición del santísimo, en los temas de sus homilias, en el estilo de vida “Eucarístico” propuesto a sus comunidades y a los laicos asociados.

Si el Padre Eymard fue el profeta de su tiempo, debemos retomar la llama y ser profetas de nuestro tiempo. Las formas concretas de una misión “eucarística” deben ser continuamente re-pensadas y proyectadas si es que queremos hacerlas “actuales”

### **3. Identidad y misión del laico “Apóstol de la Eucaristía”**

¿Cómo expresar la identidad y la misión del laico que hoy comparte, con el Padre Eymard, la misma pasión por la Eucaristía y, como él, quiere ser apóstol de la Eucaristía?

¿Cómo marcar la identidad del “laico sacramentino” que, fiel a las enseñanzas del Padre Eymard y abierto a la sociedad y a la Iglesia de nuestro tiempo, quiere compartir su misión?

Pienso que, como las Congregaciones fundadas por padre Eymard (Los religiosos y las Siervas del santísimo sacramento) buscan reformular la propia identidad y la misión en las respectivas *Reglas de Vida*, así también los laicos tienen a disposición un texto que delinea la identidad y la misión del laico que comparte, con Padre Eymard, la pasión por la Eucaristía. Es el *Proyecto de vida*.

Por lo tanto, me limito a retomar con ustedes algunos pasajes que expresan, hoy, la propuesta del Padre Eymard.

#### ***Un laico que vive una espiritualidad eucarística***

*Llamados a vivir  
una espiritualidad cristiana  
auténticamente eucarística,  
somos animados por el espíritu de amor  
que llevó a Cristo  
a dar su vida por el mundo  
y a perpetuar ese don en la eucaristía. (PV 4).*

***Un laico que coloca en el centro de su vida la celebración de la eucaristía y da testimonio “de la forma eucarística de la existencia”.***

*La Celebración del Memorial del Señor  
es el centro de nuestra vida personal,  
familiar y comunitaria de agregados.  
Es el punto de partida para  
nuestra comprensión de la Eucaristía,  
inspirando nuestra oración  
y nuestro compromiso de vida.*

*Llamado a dar testimonio de Cristo  
en toda nuestra existencia,  
nos convertimos en los «adoradores  
en espíritu y verdad que el Padre busca» (PV 7).*

***Un laico que, a ejemplo de Padre Eymard,  
conjuga armoniosamente oración y acción apostólica***

*Convencido de que una vida  
no puede ser plenamente eucarística,  
si no es consagrada a Dios y a los hombres,  
nos dejó un ejemplo  
de contemplación y de acción apostólica (PV 3).*

***Un laico que participa de la misión de la Iglesia  
con la propia gracia: la Eucaristía***

*Acogiendo el mandamiento de Cristo  
a los apóstoles, testimoniamos y anunciamos  
el Evangelio con nuestra vida.  
Invitamos a todos a la comunión con Dios,  
celebrada en la Eucaristía.  
Colaboramos con los hombres  
y las mujeres de buena voluntad,  
para construir un mundo  
más justo y solidario. (PV 12).*

## **Un laico que sabe conjugar el servicio litúrgico, el anuncio, la caridad y el esfuerzo social**

*Estamos dispuestos a asumir  
los ministerios laicos  
en la liturgia,  
en la transmisión de la fe  
y en las estructuras pastorales de la Iglesia (PV 12).*

*Colaboramos con las variadas iniciativas  
de anuncio y formación  
de una espiritualidad cristiana  
auténticamente eucarística (PV 14).*

*De Cristo,  
que en la eucaristía se ofrece a nosotros,  
recibimos la inspiración y la fuerza  
para nuestro servicio de caridad  
y el trabajo de transformar la sociedad.*

*Compartimos la misión de Cristo,  
enviado para llevar  
el feliz anuncio de la salvación  
a los últimos y a los excluidos,  
a todos los oprimidos por la pobreza, por la debilidad,  
por la enfermedad y por las tribulaciones,  
y aquellos que sufren persecución  
por causa de la justicia.*

*Participamos activamente  
de las iniciativas de la Iglesia local  
para promover la solidaridad,  
la dignidad y el desarrollo integral  
del hombre y de los pueblos.  
Para esta misión,  
nos inspiramos  
en la Doctrina Social de la Iglesia (PV 17).*

***Un laico que se deja conducir por María, “Mujer eucarística”***

*La Virgen María,  
Madre de Jesús y de la Iglesia,  
es modelo insustituible de la vida eucarística (PV 11).*

***Un laico que se dona***

*Asociados al don que él hace de sí,  
nos colocamos al servicio del Reino,  
Realizando la Palabra del Apóstol:  
“ya no soy yo que vive,  
Pues es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20); (PV 4).*

**“Dónense totalmente a Él, como Él se dona a ustedes” (RA 20, 17).**